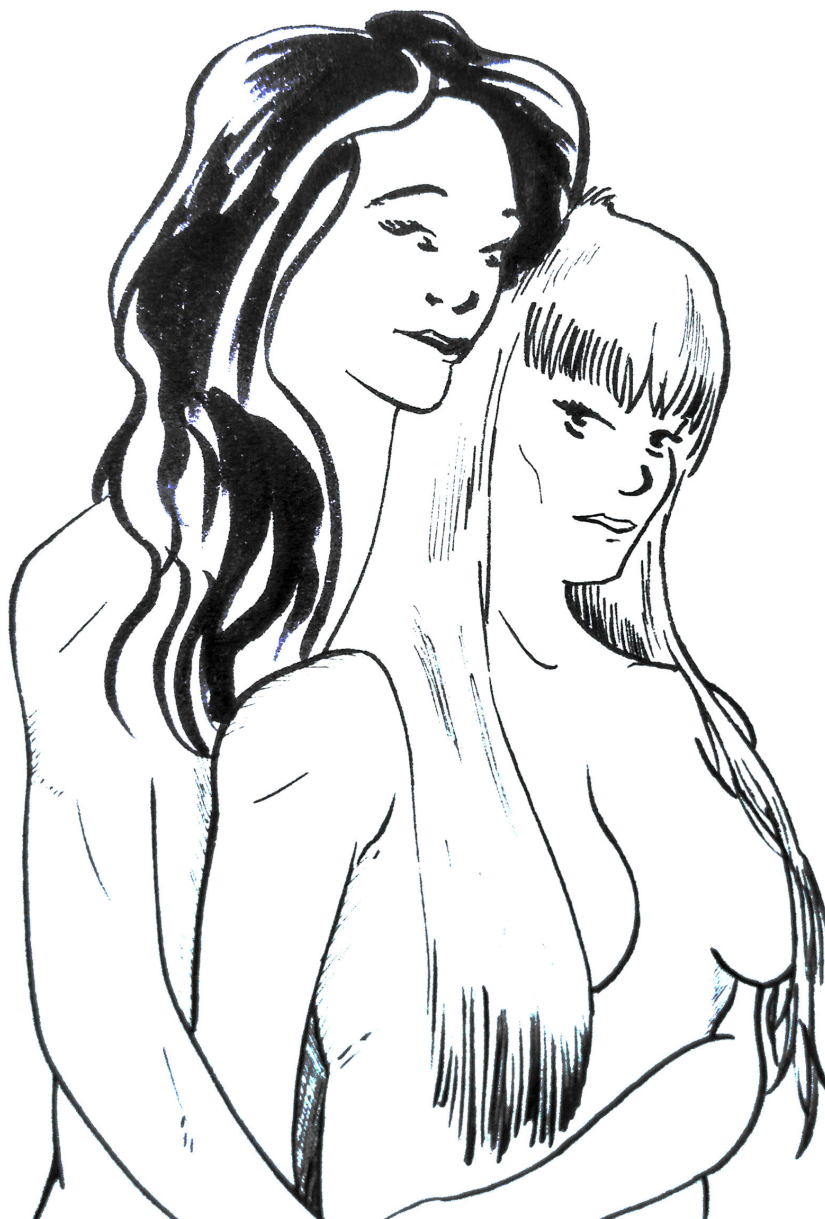


Autor: Abilio Ayuso

AMORES INESPERADOS

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



El destino nos puede deparar sorpresas que cambien
nuestra manera de ver las cosas de la noche a la mañana,
es mejor no decir nunca: “De este agua no beberé”.

+18

Nuestra historia transcurre en un lugar y una época de los Estados Unidos donde la gente “bien” tenía una vida muy normalizada y no consideraba que las cosas pudieran hacerse y verse con otro prisma. Son blancos de clase media, tienen sus casitas con jardín delantero, sus enormes coches, porque la crisis del petróleo aún no ha hecho su aparición, y sus mentes como salidas de una fábrica de la Ford.

No es un buen lugar para quienes sienten o piensan distinto y Katty se encontraba en ese grupo ya que era una lesbiana que ni siquiera se sentía identificada o a gusto con las de su misma condición.

Muchacha guapa, dulce, romántica y femenina, no tenía nada de marimacho, ni tampoco buscaba una compañera que adoptara el rol masculino sino por el contrario una que fuera aún más femenina, tierna y cariñosa que ella, si es que eso era posible.

Su ideal eran las rubitas aniñadas con cara de muñeca, ojos azules, vocecita suave, talla pequeña pero cuerpo de escándalo, el problema es que ese tipo de mujer acostumbraba a desear un macho protector y normalmente lo conseguía.

Ella pensaba que una vida sin amor no vale la pena de ser vivida y probó a encontrar el suyo de diversas formas y en varios ambientes, pero lo único que recolectó fueron chascos, insultos y desprecio.

Aquel día en el vestuario de mujeres del gimnasio confundió la simpatía con otra cosa y cuando intentó una aproximación sexual recibió una sarta tal de improperios, vejaciones y amenazas que decidió que no quería ni debía volver a pisar nunca más aquellas instalaciones.

Caminando cabizbaja acertó a pasar por delante de una iglesia que en aquellas horas se encontraba vacía, pensó que sería un buen momento para hablar con Dios y dejar las cosas bien claras, se arrodilló en el banco de la primera fila y mirando de frente al Jesucristo que presidía el altar le dijo con voz suave pero decidida: “Mira Dios, dicen que todo lo que haces tiene un propósito, yo no sé qué has pensado al crearme como soy, pero si sólo lo has hecho para que sufra desprecios renuncio ahora mismo, me apeo de la vida, pero como no soy intransigente te voy a dar una oportunidad para que me muestres el camino, si en el día de hoy no encuentro una señal clara, dejaré mis asuntos arreglados y me tiraré desde un lugar elevado procurando no dañar a nadie al caer”.

Acto seguido se dirigió a su casa, se vistió elegantemente, tomó un bolso de gran tamaño en el que introdujo todos los juguetes sexuales que nunca había podido utilizar en pareja y salió a la calle sin rumbo fijo.

Jenny era la típica ama de casa americana, joven, rubia, con un marido machista pero que tiene un buen empleo y le proporciona una vida cómoda pero poco satisfactoria en el terreno romántico ni sexual, ya que en este campo él se limita a ponerse encima

cada vez que va caliente, unos cuantos golpes de culo un buen chorro de esperma y a otra cosa, y ni siquiera ese esperma es de calidad porque en cuatro años de casados no han conseguido tener hijos.

Ella no sabe ni lo que es un orgasmo y no se atreve a masturbarse porque piensa que eso es sucio y degenerado.

Finalmente se atreve a consultar a una psicóloga que la convence de que tiene que hablar con su marido y plantearle lo que sucede antes de que las cosas vayan a peor.

En la cena de aquel mismo día Jenny se decide a comentarle a su marido lo monótona y aburrida que le resulta su vida sexual y para su sorpresa el hombre se queda reflexionando un instante y acaba diciéndole: “Sabes, es posible que tengas razón, pero no te preocupes que las cosas van a cambiar, este fin de semana mismo tendré una sorpresa para ti”.

“¿Qué clase de sorpresa?”.

“Las sorpresas son sorpresas, pero te anticipo que será algo divertido, emocionante, apasionado y diferente a todo lo que hemos hecho hasta ahora, pero eso sí, tendrás que seguirme el juego sin rechistar”.

“Por supuesto que sí, no te preocupes”.

Ella ya se veía interpretando un rol de princesa secuestrada por un caballero o vete a saber qué, pero la idea que su marido tenía era muy diferente ya que en secreto era aficionado a las revistas de sadomasoquismo que compraba ilegalmente, sin embargo nunca se había atrevido a proponerle a su esposa algo de ese tipo ya que pensaba que lo vería como un degenerado, pero ya que era ella la que había pedido algo “diferente” se lo iba a dar.

James se regocijaba mientras adquiría todo lo necesario para dejar a su mujer inmovilizada y amordazada en la cama pensando en lo que se divertiría haciéndole lo que sólo tenía visto en las publicaciones especializadas, eso sí tenía que aprovechar bien la ocasión porque con toda seguridad ella no querría repetir, pero si al acabar la fiesta se quejaba tenía pensado decirle: “Tu querías algo diferente, que se saliera de la monotonía, fíjate, he comprado estas revistas sólo para informarme, esto es lo que se lleva entre las parejas modernas”.

Llegó el día señalado y James bajó todas las persianas metálicas para evitar miradas indiscretas ya que aquella era la típica casa americana, de planta baja y sin valla que delimitara su jardín de la avenida.

Seguidamente le pidió a su esposa que se desnudara y extrajo unas muñequeras que adaptó a las muñecas y tobillos de su esposa y para sorpresa de ella procedió a fijar el

otro extremo a las cuatro patas de la cama, con lo cual quedó completamente inmovilizada con brazos y piernas formando un aspa.

Complementó la operación introduciéndole en la boca una eficiente mordaza en forma de bola de goma con un arnés que se abrochaba detrás de la nuca, así evitaba que ella le pudiera exigir que parara.

Seguidamente se desnudó él mismo y le comentó con una sonrisa maliciosa: “Ya verás cariño, este nuevo sistema te va a encantar, además he encargado para cuando acabemos dentro de tres horas, unas pizzas de las que más te gustan”.

Pero cuando comenzaba a sacar de debajo de la cama la caja con toda la parafernalia de sadomasoquismo se oyó el timbre de la puerta sonando insistentemente seguido segundos después de unos sonoros golpes.

James lanzó una maldición diciendo: “Estos gilipollas de la pizzería no saben lo que son tres horas, me van a oír”, dicho lo cual se puso un batín y abrió la puerta de la calle violentamente dispuesto a mostrar su enojo.

Pero en lugar del pizzero se encontró con dos pistolas apretadas contra su cuerpo y dos hombres malcarados que le dijeron: “Si haces un solo movimiento estás muerto y si dices una palabra te reventamos las pelotas de un tiro, acompáñanos al coche y muy tranquilito”.

Fue escoltado por aquellos desconocidos que lo introdujeron en el coche, cuando intentó decir un “Pero...” una pistola se clavó en sus costillas y una voz poco amigable le dijo: “Habíamos quedado que calladito”.

De aquella forma el vehículo se perdió por la avenida, pero la escena había tenido una espectadora, Katty, que desde detrás de un seto de la calle lateral había presenciado la escena sin atreverse a mover un músculo.

Cuando el coche hubo desaparecido se dirigió al porche de la casa viendo la puerta entreabierta, tiempo atrás hubiera sido impensable que se atreviera a entrar en una vivienda así por las buenas por temor a ser denunciada o que le dispararan, pero a punto de suicidarse ya nada le importaba.

Avanzó por el salón hasta la puerta de la habitación que permanecía abierta. Al contemplar a Jenny atada y desnuda en la cama no pudo reprimir el gritar “Dios mío”, porque aquella mujer era el prototipo de lo que ella deseaba, talla pequeña, melena rubia, carita aniñada, pechos voluminosos, cintura estrecha y caderas rotundas, al verla casi se desmayó.

De inmediato corrió a cerrar la puerta exterior con el pasador además del pestillo, para que nadie pudiera entrar, aunque tuviera llaves, mientras decía: “Gracias Jesús, gracias Jesús”.

Seguidamente entró de nuevo en la habitación, se sentó en la cama y con voz suave le dijo a Jenny que la miraba aterrada: “No tengas ningún miedo que no te voy a hacer nada malo, ni robar, yo soy una especialista en dar placer y proporcionar felicidad a chicas tan preciosas como tú, pero no puede ser que estés amordazada porque tenemos que hablar y decirnos cosas bonitas, pero antes hay que aclarar un par de temas”.

Seguidamente extrajo de su bolsa un aparatito que consistía en un potenciómetro con dos cables acabados en tubos de acero inoxidable de punta redondeada a los que aplicó algo de lubricante para seguidamente introducir cada uno en la vagina y ano de su horrorizada prisionera mientras le decía: “Ahora escucha atentamente, te quitaré la mordaza, pero no chillarás, ni me insultarás, ni intentarás mordirme ni mearte ni cagarte encima, ¿Sabes porque?”.

“Jenny negó con la cabeza”.

“Pues porque si muevo este mando hacia la derecha notarás unas cosquillitas dentro tuyo que hasta pueden ser agradables, pero si lo giro más y más la descarga eléctrica será tan brutal y te dolerá tanto que te querrás morir, ¿Has entendido, seremos amigas?”.

Un asentimiento de cabeza.

En cuanto le hubo quitado la mordaza las palabras afluyeron a su boca como un torrente: “¡Pero mi marido está loco!, en lugar de hacerme el amor como yo pensaba manda a una mujer a que me de placer, yo no quiero eso, dile que venga”.

“A ver si nos entendemos, tu marido se ha largado con unos amigotes y va a tardar mucho en volver, y yo te voy a dar placer si o si, por las buenas como amigas o por las malas, tú decides”.

“Pero esto es inmoral, yo estoy casada sería adulterio y como eres una mujer también homosexualidad, que son dos grandes pecados”.

“Estás equivocada, no vas a cometer ningún pecado porque estás atada y no puedes evitar que yo te haga lo que quiera, así que puedes vivirlo disfrutando de ello sin tener ninguna responsabilidad o por el contrario quejándote todo el rato”

En ese momento Jenny reflexionó, nadie en la tierra ni en el cielo podría reprocharle nada, ella estaba atada y no tenía culpa de lo que pudiera suceder, si encima aquella masajista o lo que fuera le hacía sólo cosas agradables...

Mientras tanto Katty se había desnudado y le decía: “Ves, yo también tengo un cuerpo joven y bonito, una piel suave y ninguna tara ni enfermedad, ya verás lo bien que lo pasaremos”.

Dicho y hecho comenzó por acariciar y besar aquel cuerpo menudito sin prisas, después de chupar sus pechos su lengua descendió por el vientre hasta que separó sus labios vaginales con los dedos y comenzó a lamer apasionadamente su clítoris mientras con sus manos le acariciaba ambos pezones.

A medida que aquello sucedía, Jenny notaba una sensación que nunca había experimentado, unas oleadas de placer que naciendo de su bajo vientre le recorrían todo el cuerpo amenazando con hacerle perder la cordura, en un principio comenzó diciendo: “No por favor, no me hagas eso, no, no, no”. Palabras que pronto se transformaron en dulces gemidos con alguna palabra intercalada: “Por Dios, no puedo más, me voy a morir”.

Cuando acabó, casi exhausta, Katty le dijo: “No te vas a morir, pero vas a subir al cielo, ¿Te ha gustado?”.

“No lo se”.

“Si que lo sabes zorrilla, y ahora probaremos otra cosa”, dicho lo cual extrajo un consolador de buen tamaño de su bolsa, lo lubricó, lo puso en modo vibración y le demostró su habilidad ya que mientras con una mano se lo introducía en la vagina con sabios movimientos cadenciosos con la otra le acariciaba un seno y al mismo tiempo le chupaba el otro pezón dulcemente.

A partir de ahí Jenny dejó de fingir su desacuerdo con lo que sucedía y pasó a decir frases como: “¡Wuaaa!, ¡sigue, no te pares so zorra!, un poco más”, intercaladas con largos gemidos.

Allí descubrió Jenny que los orgasmos no tienen por qué ser uno sólo, sino que pueden ser bastantes y variados, luego Katty le hizo probar el doble vibrador vaginal y anal, los vibradores de pezones y algunos artilugios más, para al final decirle: “Eres una egoísta”.

“¿Yo por qué?”.

“Porque sólo estás disfrutando tú, pero eso se va a acabar, ¿Ves este doble pene?, yo me lo introduzco, me pongo encima tuyo, te penetro y somos felices las dos”.

A pesar de todo lo que había experimentado, el tener a Katy encima suyo, notando los golpes de su pubis, sus pechos sobre los suyos y su rostro enfrente le produjo una sensación muy extraña, la repelía y la excitaba al mismo tiempo, no obstante, cuando

la intento besar en la boca la cerró fuertemente y apartó su cara porque pensó que si no era pecado el que fuera penetrada ya que no podía evitarlo, en lo referente al beso si que tenía opción.

En aquel momento Katty se retiró, tomó los electrodos y le dijo enojada: “Dime, ¿Te da tu marido orgasmos como los que yo te he proporcionado?”.

“Bueno... Es que con él yo nunca he sentido esas cosas”.

“Razón de más, ¿Te hago feliz por primera vez en tu vida y me lo pagas negándome un puto beso?, pues o me besas dulcemente o estos electrodos te besarán y no tan dulcemente”.

“Vale, vale lo haré, pero no me hagas daño”, En realidad Jenny ya había encontrado la excusa moral para dejarse besar, se dijo a sí misma que si no lo hacía sería torturada y podría morir.

Todo volvió a su cauce, se besaron dulcemente, Jenny se sorprendió notando que su compañera alcanzaba un buen orgasmo y a ella en lugar de repelerle le gustaba, incluso realizó unos cuantos movimientos de pelvis para ayudarla.

Finalmente, Katty la besó y cuando Jenny le devolvió el beso con una sonrisa se decidió a decirle: “Bueno... Y si ahora te desato ¿Qué pasará?, ¿Me pegarás, intentarás matarme con un cuchillo de cocina o Que?, ¿O tal vez nos quedaremos un rato en la cama charlando como amigas y acariciándonos?”.

“Prefiero la segunda opción, lo que no entiendo es como mi marido te ha hecho venir”.

Una vez desatada Katty dijo después de un suspiro: “Sobre eso tenemos que hablar, por lo que adivino en esta caja medio salida bajo la cama que tu marido tenía preparada, su intención era otra, aquí sólo hay cosas que causan dolor, látigos, fustas, velas y hasta un abre-anos brutal y estos masturbadores de tamaño salvaje que sirven más para causar dolor que placer y por si había dudas revistas de sado duro”.

“Pues entonces no entiendo que pintas tú en todo esto”.

Ahí fue cuando Katty le explicó su historia de forma resumida para acabarle diciendo: “Los matones que han venido a buscarle, tal vez por deudas de juego, o de alguna juerga de burdel te han salvado de una sesión de sado maso muy dolorosa, y a mí del suicidio”.

“Me alegro de que todo este jaleo haya evitado que te mates, me da mucha pena tu historia. ¡Pero ese cerdo cabrón!, cuando vuelva me va a oír, si es que esos matones no le echan al río con una piedra al cuello”.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y ambas mujeres se alarmaron, pero Jenny miró el reloj y dijo: “El pizzero, se me había olvidado, ¿Te apetece quedarte a cenar?”.

“Claro que sí”.

Durante la cena se sinceraron por completo, tal vez ayudadas por el vino o por todo lo que había sucedido, Katty le explicó: “Te confieso que sólo verte me enamoré de ti, eres mi ángel, lo que siempre había deseado, pero imagino que tú no me correspondes”.

“Lo mío es más complicado, me siguen gustando los hombres, no voy a cambiar los hábitos de una vida en unas horas, pero me he sentido muy bien haciendo el amor contigo, me has tratado con mucho cariño y abierto la mente a un mundo nuevo, no puedo sentirme como tu novia... Pero si como tu mejor amiga, pero el pensar en una relación con otra mujer que no seas tú me produce asco”.

“Pero... ¿Una amiga con la que tener más sesiones de placer?”.

“Por supuesto, ¿No están las amigas para eso?, y cambiando de tema, con todo lo que ha sucedido me da miedo estar sola, ¿Te quedas a dormir conmigo?”.

“Vale, pero con la condición de que durmamos juntas y desnudas, pero primero vamos a ducharnos”.

“De acuerdo, y otra cosa, ¿No piensas que debería avisar a la policía por lo de mi marido”.

“Verás... Lo de tu marido lo sabes porque yo te lo he contado, si hubiera llegado cinco minutos más tarde a este lugar no habría visto nada, y si la puerta hubiera quedado cerrada tú aún estarías ahí atada muriéndote de hambre y de sed y procurando no mearte en la cama”.

“Qué horror, no quiero ni pensarlo”.

“Pues aún hay cosas peores, imagina que en lugar mío pasa vete a saber quién, llama a sus amigos, se tapan la cara y organizan contigo una fiesta multitudinaria que dura toda la tarde y noche”.

“Sólo de pensarlo me dan escalofríos, pero... Tú también has organizado tu fiesta particular conmigo”.

“Claro que si cariño, pero con la diferencia de que mi fiesta a estado encaminada principalmente a darte el placer y felicidad que tu marido nunca te dio”.

“Eso sí que es verdad”.

“Pues en lo referente a la policía, tú no sabes lo que ha pasado, lo más probable es que tu marido vuelva mañana con cara de perro apaleado, unos cuantos moretones en el cuerpo y explicando una historia absurda, tú te cagas en la madre que lo parió y le explicas que solo has podido liberarte minutos antes de que llegara y has pasado la noche más horrible de tu vida, encima le tiras a la cara todos esos instrumentos de tortura y le preguntas que era lo que aspiraba a realizar contigo”.

“¿Y si llega esta noche?”.

“Antes de abrir nos ponemos los pijamas y yo soy una amiga tuya de las clases de cocina o lo que sea que he visto la puerta abierta y he pasado a preguntar qué pasaba, tú estabas muy asustada y me he quedado a pasar la noche contigo”.

“Buena idea”.

Al acostarse Jenny dijo: “Dame ese pene doble, que hasta ahora sólo me he dejado hacer, quiero saber que se siente actuando”.

“Muy bien, toma, esta parte es la que ha estado dentro tuyo, por si quieres volver a usar la misma zona”.

“¿Y qué importa?, después de todo lo que hemos hecho si tenemos alguna enfermedad desconocida ya nos la habremos contagiado, así que ahora me lo pondré al revés”.

Para Katty, el que aquella muñequita le hiciera el amor fue una verdadera locura, de su boca se escapaban toda clase de frases románticas intercaladas con gemidos, en mitad del orgasmo agarró con fuerza las nalgas de su compañera abriéndoselas y presionándolas contra sí misma, cuando notó que Jenny también culminaba pensó: “Dios mío, si me muriera hoy mismo, sólo por este día, mi vida habría valido la pena de ser vivida”.

Durante el resto de la noche no hubo más sexo, pero si manifestaciones de ternura y cariño. A la mañana siguiente Katty se marchó, aunque antes intercambiaron direcciones y teléfonos con la promesa de reunirse otra vez cuando el marido realizara algún viaje de negocios.

Paralelamente a lo sucedido el coche de los matones entró con James en el garaje de un antro dudoso en las afueras de la ciudad, llevaron a su aterrado prisionero a una sala con sofás y una decoración cutre en cuyo centro se alzaban desde su anclaje en el suelo unos tubos de un metro de alto rematados en unas planchas de acero inoxidable

de distinto tamaño en forma de U parecidas a las que se usan en los paritorios para mantener abiertas las piernas de las embarazadas.

Allí sujetaron al desdichado que quedó, desnudo, en posición horizontal, boca abajo, con las piernas abiertas a tope, y suspendido a un metro del suelo, cuando preguntó: “¿Porque me hacéis esto?”, uno de los matones le dijo sonriendo: “Tranquilito, ahora viene el ama y te lo explica todo”.

Acto seguido entró la mujer más exótica que había visto nunca, sudamericana de aspecto explosivo, vestida de cuero y metal dejando el pubis y los pechos al descubierto y manejando una fusta de domar caballos, hubiera sido el ideal de James de no ser porque él no había pedido estar allí, le dio un par de toquitos con la fusta para decirle con voz sarcástica: “Bien... Y ahora el niño será bueno y me dirá donde ha escondido el paquetito”.

“¡Yo no sé nada de ningún paquetito!”.

“Sabía que dirías eso, pero no te preocupes, tengo mis métodos para hacerte hablar, podría comenzar a clavarte agujas por todo el cuerpo y cantarías en unos minutos, pero soy más artista y me tomaré mi tiempo, además como buena ecologista me gusta aprovechar las cosas, darles una segunda utilidad, así que si continuas callado dejaré que uno de mis clientes disfrute contigo”.

“Te juro que yo no sé nada”.

El ama preparó una cámara de filmación casera sobre un trípode en un ángulo adecuado para captar la escena, ante el asombro de James le dijo: “Aquí se aprovecha todo, hay gente que pagará por ver lo que está a punto de suceder”, luego introdujo dos dedos en el ano de nuestro protagonista untados con algún tipo de pasta lubricante y gritó: “Otis, ya puedes venir, tengo tu regalo listo”.

A su voz entró en la sala un negro inmenso que al desabrocharse la bata dejó al descubierto un pene descomunal mientras el ama decía: “Es todo tuyo, yo me sentaré aquí delante a esperar que cante”.

El horrorizado James comenzó a gritar: “¡No eso no, por favor!”, pero sus súplicas se convirtieron en alaridos cuando el negro le penetró a fondo.

Aquel gorila clavaba sus zarpas en los muslos del pobre James y lo embestía con la fuerza y el ritmo de una locomotora, al cabo de un rato el ama le preguntó: “¿Que tal Otis, te gusta?”.

“Si, pero hace un rato estaba mejor, tenía el culo más apretadito”.

“Pues hazle unas bocinas”.

“¿Puedo...?”.

“Claro que sí, será parte del tratamiento, pero se lo voy a explicar: Tu, payaso, ¿Sabes lo que es una bocina?, contesta o te arreo”.

“Bueno... Además de las de los coches, es un aparato con una pera de goma que al apretarla suena una trompetilla”.

“Muy listo, pues a eso jugaremos, Otis agarrará tus huevos y los apretará como si fuera la goma de la bocina y tu chillarás de dolor como si fueras la trompeta, y si no te gusta me dices donde está el paquete y lo dejamos”.

“No por favor, de verdad que no se nada de ningún paquete”.

“Adelante Otis, ya verás como al estrujarle los huevos aprieta el culo y te da más gusto”.

“Claro que sí, ya lo está apretando y aún no he comenzado”.

Cuando Otis se cansó, el ama continuó con parsimonia, disfrutando de la situación, una picana por el culo, electrodos en los pezones, lavado de testículos con alcohol, pero al final comenzó a impacientarse sacó un papel de una carpeta, lo puso delante de la cara de James diciéndole: “Hasta ahora me he divertido, pero empiezo a cansarme, no pienses que resistirás porque si es necesario te rajaré las tripas, no finjas, mira esta nota de entrega de la semana pasada: Avenida Oeste doscientos sesenta y tres y firmado por ti Robert”.

“¡Burra, doscientos treinta y seis!”.

“¿Que dices gilipollas?”.

“Que vivo en el doscientos treinta y seis y soy James y no Robert, alguno de tus matones es disléxico”.

Ana Rosa se quedó callada un instante y luego comenzó a reírse como una loca, al final llamó a uno de los matones: “A ver, estúpido: ¿De que dirección habéis sacado a este palomino?”.

“De La que nos dijiste: Avenida Oeste doscientos treinta y seis”.

La mano de la mujer se movió como el rayo impactando en la cara del grandullón que dio un paso atrás diciendo: “Ama yo...”.

“¡¡TU ERES IMBÉCIL!!, y un inútil, te dije doscientos sesenta y tres, idiota, DOS SEIS TRES, lárgate”.

La mujer tomó una silla y se sentó sonriendo con la cara frente a la de James para finalmente decirle: “Ya ves lo que ha pasado, ¿Y ahora que hago contigo?, sabes demasiado, ¿Un traje de cemento y al río?”.

“No por favor, te juro que no diré nada a nadie”.

“Eso es fácil de decir, pero pienso que podemos hacer un trato, conozco más a los hombres que a mi puto coño, y aunque sé que te has cagado de miedo me ha parecido ver que disfrutabas de una forma morbosa, y esto es justo el palacio de lo que te gusta, así que te puedo compensar por lo sufrido”.

“¿Ha sii?”.

“Verás, tengo aquí una nena que se ha portado mal, pero en lugar de darle una paliza la guardo para aprovecharla, ya sabes que soy ecologista, no me gusta desperdiciar nada, te la dejaré durante unas cuantas horas, bien atada, para que le hagas lo que quieras mientras no le dejes marcas, yo te acompañaré para ayudarte y darte ideas y si no estás muy tocado nos lo podremos montar tú y yo”.

A James aquello le pareció como si se le abriera el paraíso, estaba descubriendo un mundo nuevo que no pensaba que llegaría a existir, casi se le caía la baba cuando aceptó el trato.

Ana Rosa lo desató y le condujo a una habitación donde una pobre muchacha desnuda, despatarrada e inmovilizada suplicó nada más verlos entrar: “Por favor, no me hagáis daño”.

Pero él sí que le hizo daño, de todas las maneras imaginables, a dúo con el ama y con todos los instrumentos de sado que aquella habitación contenía, un aparato que le volvía loco era un pianillo como de juguete, de cada tecla salían cables acabados en electrodos aplicados en distintas partes del cuerpo de la muchacha.

El degenerado de James disfrutaba haciendo “música” con los gritos y llantos de la pobre desdichada mientras la acompañaba interpretando canciones obscenas a pleno pulmón.

Cada vez que se excitaba brutalmente copulaba con Ana Rosa sobre un sofá, ya ni se acordaba del dolor que él mismo había sufrido.

Mientras tanto la cámara filmaba escenas que luego serían vendidas a clientes especiales.

Finalmente, el ama le dijo: “Eres la clase de hombre que llevo buscando hace tiempo y no esos mierdas de matones con mucho músculo y nada de cerebro ni imaginación”.

“Y tú la mujer que yo buscaba y no la gilipollas de mi esposa”.

Por la mañana él se marchó en un taxi con un chándal prestado que le venía un poco grande, no sin antes quedar con Ana Rosa para el próximo fin de semana, al llegar a casa su mujer le puso como un trapo por todo: Por haberla dejado atada, por el contenido de la caja, porque si no fuera por una amiga que casualmente había pasado frente a la casa podía haber muerto sola allí atada o ser víctima de cualquier desaprensivo.

Él se excusó diciendo una media verdad, que unos matones le habían confundido con un mafioso que vivía en la misma calle y después de darle varias palizas se habían dado cuenta de su error y le habían soltado.

“¿Y no piensas denunciarlo a la policía?”.

“¡Estás loca!, es la mafia, nos matarían a los dos, además tengo un trato con ellos, he prometido callar a cambio de que no me tiren al río con un traje de cemento”.

“Muy bien so cabrón, ¿Y el contenido de esta caja que era, regalos de Navidad?”.

“No cariño, no pensarás que iba a usar eso contigo, era sólo para dar morbo a la situación, asustarte un poquito, como en la noche de Halloween, para luego hacerte el amor de forma muy romántica”.

“Ya, y yo voy y me lo creo, pero dejémoslo así”.

A partir de entonces nunca volvieron a tener relaciones, él siempre encontraba una excusa para pasar el fin de semana fuera y a ella no le importaba, únicamente le pedía que para no asustarse la telefonara antes de volver a casa porque mientras tanto dejaría los pestillos interiores cerrados.

En cuanto se marchaba telefoneaba a Katty o iba a su casa.

Al cabo de un tiempo James le solicitó el divorcio, ella le pidió el coche la casa y una pensión, él accedió sin problemas, desde que tenía relaciones con Ana Rosa estaba mucho más creativo y se ganaba más que bien la vida, por fin había encontrado el verdadero amor.

Finalmente, Jenny vendió la casa y se marchó a vivir con Katty a un lugar donde la sociedad fuera más tolerante, por aquel entonces el movimiento hippie comenzaba a hacer furor y existían sitios donde la gente era más abierta de carácter.

Sin embargo, fueron prudentes y nunca declararon su relación lésbica, sólo eran dos amigas que compartían casa y un estudio de arte, y en público eran correctísimas, alguien llegó a murmurar pero nadie le hizo caso porque ninguna de las dos daba la apariencia de marimacho, por el contrario, tan dulces y femeninas, eran dos mujeres con desengaños amorosos a cuestas que no deseaban volverse a comprometer.

Cuando decidieron tener descendencia, a Jenny no le costó nada liarse una noche con un turista, un muchachito nórdico que había venido encandilado por la cultura hippie y que cuando volvió a su país nunca supo que dejaba un hijo detrás suyo.

Dos años después a Katty se le caía la baba cuando jugaba con el precioso niño de su compañera y a veces le comentaba: “Ves, cuando yo me muera no quedará nada de mí en este mundo”.

“¿Te gustaría tener tu propio hijo?”.

“Como no sea del Espíritu Santo, ya sabes que yo los hombres... Ni en pintura los quiero ver”.

“¿Y si yo encontrara la fórmula de hacértelo?”.

“¿Con magia?”.

“Más o menos, pero deberás confiar totalmente en mí”.

“Confío en ti”.

“Muy bien, tuviste la regla la semana pasada, por tanto, el martes que viene estarás en plena ovulación y entonces procederemos”.

El día señalado Jenny dijo: “Venga, desnudita y a la cama que te voy a poner esto”.

“Pero... estas son...”.

“Si, las muñequeras y mordaza de nuestro primer encuentro, las he guardado como un recuerdo”.

“¿Pero necesitas atarme?”.

“¿Confías en mí, o no?”.

“Claro que si, además eres mi amor, dejaría que me hicieras cualquier cosa”.

“Pues venga, piernas bien abiertas que te ato”.

Cuando la tuvo atada y amordazada como una salchicha, Jenny realizó una llamada telefónica, al cabo de cinco minutos se presentaba un muchacho moreno con unos ojos preciosos y ademanes suaves, al ver a Katty dijo: “No me habías engañado, es preciosa”.

Jenny explicó: “Este es John, un amigo de la playa, está al corriente de la situación y será muy dulce contigo”.

Katty se tensó como la cuerda de un violín, pero las muñequeras eran de primera calidad y resistieron, finalmente viendo su agitación Jenny le dijo: “Mira, esto es como nuestro primer encuentro, él te va a follar si o si, puedes relajarte y disfrutarlo o estar angustiada todo el rato”,

Cuando después de dos horas y tres eyaculaciones todo hubo terminado, Jenny le quitó la mordaza para oír de parte de su amiga toda clase de insultos y recriminaciones, a lo que ella contestó: “¿Que dices so zorra?, ¿Que ha sido contra natura?, ¿Y no lo fue lo que me hiciste el primer día?, ¿Que te has sentido violada?, ¿Que no me sentí yo así?, con la diferencia de que yo no había consentido y lo hiciste para disfrutar tú, aunque yo también gozara, mientras que yo lo he hecho para ayudarte, así que calladita, que sino mira lo que tengo... Tu famoso potenciómetro”.

Katty lloró un buen rato en brazos de su amiga, pero a la mañana siguiente ya se le había pasado el disgusto y cuando días después supo que estaba embarazada fue muy feliz, meses después paría una preciosa niña”.

Los críos crecieron como hermanos, pero de adolescentes comenzaron a mirarse de otra manera. Un día en que las dos amigas llegaron juntas a casa los encontraron acaramelados en el sofá, Jenny les soltó una bronca de campeonato, pero cuando estuvieron solas en la habitación Katty le dijo: “Vamos a ver mamá sargento, ya son hombrecito y mujercita, y es normal que se quieran, yo lo prefiero a que se odien”.

“Si, pero ellos son...”.

“No son nada, civilmente son hijos de dos madres solteras sin relación alguna entre ellas aparte de compartir casa, y no tienen la más mínima consanguinidad, así que no veo ningún problema en que se amen, se emparejen y se casen, además ¿Con que autoridad moral les recriminas?, lo suyo es natural mientras que lo nuestro es más rarito, somos pareja y a ti ni siquiera te gustan las mujeres”.

“Pero ellos se llaman hermano el uno al otro”.

“Eso también lo hacen jóvenes que son sólo amigos, pero para evitar malentendidos les diremos que en público dejen de hacerlo, además no has tenido en cuenta algo muy importante”.

“¿El qué?”.

“Que si se llegan a casar y tener hijos serán descendencia tuya y mía, como si los hubiéramos tenido tú y yo”.

“¡Hostia!, pues es verdad”.

Una noche, en una fiesta en la playa Katty le dijo: “Fíjate que chicos tan guapos, ¿No te gustaría tener amoríos con uno de ellos, o ya te has convertido a mi causa?”.

“No me he convertido, me gustan los chicos, pero contigo estoy tan a gusto y feliz que no lo cambiaría por nada, además también mi marido era guapo, y ya ves como acabé”.

FIN ...